

“Que todos sean una sola cosa, como tu Padre estás en mí y yo en tí” (Jn 17,21)

La alegría de ser llamados a formar, los unos con los otros, un solo cuerpo que renueve en nosotros la identidad cristiana

Esta breve reflexión, en vistas a un renovado camino de los Hijos de la Iglesia, solamente ha tenido en cuenta, con pocas alusiones, algunos aspectos del extraordinario carisma de María Oliva: **su apasionado *Ut unum sint*, su visión sobre el cristianismo y la Iglesia y su amor por la Liturgia.**

Un camino hacia la unidad implica, en primer lugar, la unidad del propio corazón; es difícil pensar en ser artífices o testimonios de unidad en cualquier ámbito: familiar, laboral, social si nuestro corazón está dividido, destrozado, carente de aquella alegría evangélica que el Papa nos muestra a menudo.

Ser cristiano conlleva tantas definiciones, tantos matices, tantas profundizaciones que, a menudo, lo reducimos a fórmulas, gestos, y/o palabras cuyo significado bíblico queda diluido. En este tiempo en el que la palabra *identidad* se hace cada vez más corriente, me complace mucho pensar que la identidad cristiana, el ser de Cristo, se puede expresar con las palabras de Pablo: *No soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2, 20); luego yo vivo en Cristo, por Él. Esta meta es, ciertamente, inalcanzable en este andar como peregrinos en el mundo porque estamos condicionados por nuestro cuerpo, del barro que lo forma, pero es un objetivo que ilumina nuestro camino, que da esperanzas

¿Cómo vivir para ser de Cristo? ¿Cómo caminar para seguirle? Cómo profundizar en la riqueza de su humanidad tan concreta y atenta hacia los demás? Cómo compartir su cruz?

Sabemos que es importante mantener vivo el deseo de escuchar la Palabra de Dios, de ver su rostro en nuestros hermanos y en lo creado, de conocerlo siempre más-, al igual que Job, descubriremos que nuestro conocimiento es a menudo sólo de oída-y en fin, de dejarnos educar en el misterio de la Liturgia. La identidad cristiana se nutre de todo ello. Probemos a detenernos en cualquier expresión de la Sagrada Escritura, permanecer en ella para acoger algo nuevo en nuestra vida y llevar a cumplimiento el don especial, único y diverso para cada uno de nosotros que Dios ha puesto en nuestro corazón: *para buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas* (Ef 2, 10).

Leamos, a continuación, algunos versículos muy conocidos de la Sagrada Escritura como si los leyéramos por primera vez:

Amaos los unos a los otros como yo os he amado (Jn 15,12). Dios, que da la paciencia y el consuelo, os conceda vivir en armonía unos con otros a ejemplo de Jesucristo (Rm 15,5). Revestíos de Jesucristo, el Señor ... acoged al que ... como Cristo os acoge (Rm 13,14 y siguientes). Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48). A cuantos le recibieron les hizo capaces de ser hijos de Dios (Jn 1, 12).

El amor, la fidelidad, la acogida, la perfección, la belleza que encontramos en esta Palabra es lo absoluto de Dios, pertenecen a su misterio, mas un resplandor de este misterio y de su divinidad está en nuestro corazón junto a los dones recibidos, junto a los talentos - uno, dos, cinco - junto a las ramas de las cepas que nos estimulan a dar fruto y a esto sólo nos llama, recordando que sin Él no podemos hacer nada. No se nos pide el fruto de un don que no hemos recibido, pero sí el llevar a la plenitud, a su cumplimiento, aquello que hemos recibido. Seamos sal que se disuelva, levadura que fermenta, criaturas muy privilegiadas por tener el cuerpo de Cristo en nuestras manos para gustarlo, hacerlo gustar, darlo sin retenerlo, sin ningún temor a quedarnos privados de Él.

La página de las Bienaventuranzas es ciertamente la “Carta Magna” de la identidad cristiana, es la imagen de Jesús que anonadándose completamente y apareciendo en forma humana se entregó totalmente. El Reino de los cielos es de quien es pobre del espíritu del mundo y acoge el Espíritu de Dios, su creatividad, su libertad, de quien llora sobre el mal, sobre el pecado, de quien no es violento, perdona, trabaja por la paz y sufre por la justicia.

Finalmente, una alusión a la Liturgia a través de un recuerdo personal; hace muchos años, escuchando a una Hija de la Iglesia que hablaba del carisma de Madre Oliva, me impresionó una frase que invitaba a recordar la expresión del Credo “*Reconozco un solo Bautismo*”. Hoy, agradeciendo a todas las Hijas de la Iglesia todo lo que me han dado y enseñado, me digo a mí misma que el Espíritu Santo derramado sobre nosotros, con el Bautismo entra en nosotros, es el Espíritu de Jesús que el Padre reconoce y por el que nosotros llegamos a ser hijos en el Hijo, amados y coherederos de Cristo, la gran familia de Dios. El Espíritu es luz que ilumina nuestras mentes y nuestros sentidos, es viento que nos guía hacia la verdad y la libertad, es fuego que purifica, renueva y da la Vida: es misterio que debe ser acogido y en el cual se debe entrar para dejarse llevar al “*unum sint*” que María Oliva quería grabar en cada tabernáculo, ante la Eucaristía, fuente y culmen de la Liturgia.

La Gracia de cada sacramento puede actuar con toda su fuerza en nosotros para hacernos cristianos auténticos que, a pesar de las caídas y de la fragilidad, ponemos la primacía de Dios en nuestras vidas.

Dommy Ferrero,

Hija de la Iglesia, de la fraternidad di Milán - Italia